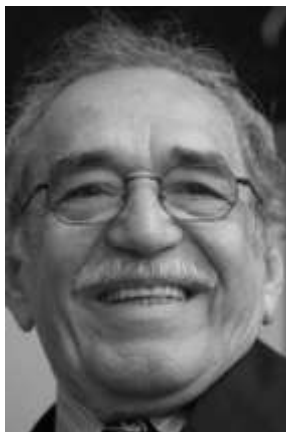


Los seres del futuro que un día fueron

José Manuel Torres Funes*



Gabriel García Márquez (1927-1914)

Probablemente la certeza sea como esa magnífica metáfora de Nina Berbérova, la escritora de los exiliados rusos, «una tienda de porcelana durante un terremoto». En otras palabras, la certeza quizá sea solamente una gran incerteza, la más grande de todas.

Esta muerte de Gabriel García Márquez es una de esas réplicas que remueven la porcelana. Una réplica que a su vez nos recuerda, a los que hemos tenido la literatura como una de las pocas certezas de la vida, que este año Cortázar y Octavio Paz cumplirían cien años si, como esos campesinos rusos longevos que parecen tener el secreto de la vida y la muerte, hubieran comido yogur todas las mañanas de su vida.

¿Qué es lo que se ha caído después de la muerte de García Márquez? Quizá un pedacito de América.

Cada vez que muere un escritor, se descarrila un monumento que estaba siendo conducido a otro lugar, pero cuando ese escritor es latinoamericano, el monumento es como la Piedra de Sol de los Aztecas, que se hunde irrevocablemente en las negruras de un lago gigantesco.

Por supuesto que nos queda el legado de García Márquez, pero para aquellos que lo disfrutamos más como a un abuelo que como a un padre, nos queda como herencia la nostalgia, la nuestra y la suya.

La nostalgia es otra de esas réplicas que sacuden la tienda de porcelana. ¿De qué se tiene nostalgia? ¿De un mundo que ya desapareció, con la Piedra de Sol en el agua? ¿De una época, donde el descubrimiento de un continente, lo proponía Mariátegui, Boff y no anuncios de televisión con «Descubre Venezuela, descubre Colombia, descubre México» Sí, probablemente, entre muchas más cosas.

Quizá nosotros, los hijos del futuro, íbamos desapareciendo instantáneamente con esos pedacitos de América que se iban desmoronando cuando se morían Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias, (o mataban a) Roque Dalton, Carlos Fuentes, Sábato.

¿Es que con su ausencia hemos dejado de preguntarnos, a la luz de esta contemporaneidad, que ya no es la de Octavio Paz, quiénes somos y cuál es nuestro compromiso con el continente, que nos da materia para seguir soñando, aunque sean más bien oscuras pesadillas?

La literatura de García Márquez, ha querido el designio editorial, se recuerda por el gran público como la de un «realismo mágico», pero también Márquez, Roa Bastos, Rulfo, hablaban de la pesadilla y del extravío que lleva casi siempre a la sempiterna oscuridad, donde nuestro continente se ha malacostumbrado a tragar sapos y cuentos de hada para no ver la realidad de frente.

Los grandes escritores del siglo XX latinoamericano, les pidieron a sus hijos, nuestros padres, que no se dejaran robar el futuro, y que a su vez no les permitieran que a nosotros nos comieran los ojos esos supuestos pájaros de luz que en nuestra América son más ciertos que la certeza.

El avance de la América Latina de García Márquez o de Manuel Puig – al que los otros grandes escritores casi no se tomaron en serio – ha sido más hacia adentro que hacia adelante, hacia las profundidades de un pretérito – que a veces esconde una daga en el cinturón – y no hacia el devenir.

Es nuestro deber, como militantes de ningún credo, desenmascarar las supuestas certezas (todas las que no tengamos miedo de ver) y filtrar la luz para sacar la oscuridad de esta larga letanía de falsas esperanzas que con diversos rostros ensombrece nuestro continente. Solo de esta manera, cuando nos estremezcamos, como humanos que somos, a causa de la sincera incerteza y la consciencia de nuestra vulnerabilidad, podremos asirnos a los recuerdos sin miedo a convertirnos en estatuas calcificadas por ése nuestro triste hábito de querer salvar la chinería de porcelana cada vez que tiembla.

Hay que salvarnos a nosotros, a nuestros padres y a nuestros hijos, para que un día podamos ver orgullosamente a nuestros queridos escritores y pensadores latinoamericanos, como los seres del futuro que un día fueron.

* * José Manuel Torres Funes (Tegucigalpa, 1979)

Periodista y escritor hondureño de 34 años radicado en Marsella.